

HOMENAJE MELODRAMÁTICO A BIENVENIDO GRANDA

El bolero cantinero la erotización de la derrota

Carlos Ivan Degregori

¿Cuándo escuché por primera vez "Señora"? Sería por la misma época en que el cardenal Guavara había prohibido el mambo.

Miembro, sería quizás en Radio Libertad "la primera emisora musical del país" o a lo lejos en la rockola de alguna cantina de mi barrio, las trompetas de la Sonora con su llorar meloso transmitiendo algo seductor y prohibido a la luz amarilla de focos mosqueados.

Después viene en mi memoria "Oyeme mamá", lo suficientemente después como para saber que la "mamá" aludida no era precisamente la madre —que sólo hay una— sino posiblemente la señora de la canción anterior.

Qué diferentes a las canciones que enseñaban en el colegio, canciones "para niños": "Se ha perdido mi gallito..." "Oh María, madre mía..."

Cómo se compatibilizaban ambas cosas en la mente de un niño, lo ignoro. Sólo me recuerdo corriendo a refugiarme donde mi madre una vez que estando solo, tendría cinco años, la Sonora urracó con "E-e-ecua, Babalú ayé ecua" (Mucho después supe que Babalú era el dios de la muerte). Sólo recuerdo que, instintivamente, en casa no hablaba ni tarareaba esas canciones. Pertenecían al mundo de afuera.

Afuera, a pocas cuadras, queraba el Jr. Huatica. En la esquina de mi casa se turnaban una puta de lentes ahumadas, pálida, enferma, que salía intermitentemente encinta; con otra de cabellos totalmente canos, cuando menos abuela.

Mucho a mi alrededor oía a derrota. No todo. A punta de trabajo —no había crisis— algunos lograban "superarse" y se mudaban a nuevas urbanizaciones en Pueblo Libre, Maranga. Pero la mayoría pasaba a engrosar las filas de la cultura de la derrota.

La esquizofrenia, dentro, fuera venía de los adultos. Para el amor puro estaban Los Panchos, el bolero romántico; para el pecado, Bienvenido Granda, Daniel Santos, el bolero cantinero precursor del achoramiento, regocijo en la derrota, la forma erótica de la derrota. Y quién no tiene derrotas, Manuel, quién no las tiene; quien no es en algún momento o en algún aspecto de su vida, un derrotado. ¿Y acaso todos en esta parte del mundo no tenemos una pizca de perversidad que nos lleva a gozar en algún momento con la derrota?

Por eso el bolero cantinero puede volverse universal. Acento, quizás, para los tecnócratas pasteurizados. La derrota para ellos debe tener otras modalidades, que ignora. (Los transnacionales son vencedores. Si se sienten derrotados, imagino que sencillamente se desenchufan de la vida y se alcoholizan o suicidan sin gracia alguna).

o

El bolero cantinero transmite toda una concepción de la mujer, del sexo y de la vida, más profunda y más antigua que cualquier ideología o cualquier poeta culto (Mucho antes de Bécquer, BG nos cantaba: "cuando yo te encontré, en Dios

creí". "Me quieres tú, te adoro yo, pero el orgullo nos venció a los dos").

Un sentimiento trágico y fatalista y machista de la vida que las mujeres —tanto las señoras como las hipócritas, tanto las marisacas como aquellas que están como mango— contribuyeron decisivamente a reforzar y a transmitir.

Sentimiento melodramático de la vida: la derrota inevitable, la muerte. No, no es precisamente la muerte, es una forma de vida, Maestra Vida, camará, te da y te quita, te quita y te da. Fatalismo.

Es, en su antecedente más remoto, la gran derrota de la conquista y/o la esclavitud. Antiguas heridas que se acumulan y van constituyendo la trama de nuestro ser colectivo; antiguas heridas heredadas, derrotas transmitidas de generación en generación, de las que no somos responsables pero que caen de todos modos sobre nuestros hombros como cruces crecientes y acumuladas que tenemos que arrastrar desde pequeños: pecados originales que a Valiente lo hicieron sentirse culpable sin saber nunca bien de qué.

Heridas vueltas modo de ser que nos llevan a repetir indefectiblemente los gestos, las metidas de pata, las irresponsabilidades, las sacadas de vuelta, los fracasos, las lágrimas de padres y abuelos; aunque seamos buenos, bien intencionados y, por supuesto, muy hombres. Ahí está: volvimos a clavar el puñal por la espalda, nos volvieron a dejar solos a la orilla del mar en un histórico círculo que se cierra, vicioso y perfecto en cada generación, esperando el advenimiento de los de cola

de chanco.

Heridas abiertas que atraen las desgracias como moscas, que lo convierten a uno en gettatore, en un imámaiano. Y luego de producido el descalabro, quebrados, girando eternamente como la mariposa de alas rotas alrededor de la luz, "los ojos lágrimas, el corazón tristeza" como decía Arguedas refiriéndose al mestizo de español con indio; pero erotizando ese girar sin fin en el caso del mestizo de español con negro, el habitante del trópico, y también de la franja costera del Perú, del criollo.

Heridas de mestizo. Excepto los transnacionales, todos somos mestizos, física y/o espiritualmente. Quien no tiene de Inga, tiene de Mandinga.

En los Andes es más bien la melancolización de la derrota, porque sus habitantes se replegaron frente al conquistador y tendieron a añorar el pasado.

Erotización de la derrota en el Caribe porque entraron más en contacto, de alguna manera en las ciudades ciertos sectores se acomodaron, de alguna manera buscaron tal vez seducir al vencedor. El precio fue alto. En ambos casos.

La costa peruana, entre los Andes y el trópico.

En el tango hay más elemento realista: los culpables de tanta desgracia musicalizada son con frecuencia la pobreza, el individualismo; mientras en el bolero es algo más abstracto, "metafísico". En todo caso, frente a la derrota hay en el tango una respuesta con más de desprecio, de desafío y venganza, explícitas, que debe ser

un transplante más en bruto de la Europa mediterránea, sin el choque tan descomunal de razas y culturas.

o

Es lógico que los valeses que interpretara BG fueran la versión criolla del bolero cantinero, "valeses aguardientosos" que popularizaron sobre todo Los Embajadores Criollos. Ambos tuvieron su auge en los años 40 y 50. Luego vino una nueva oleada de música norteamericana, la delincuencia industrializada (de Tatán al Loco Aldo). Pero vino también la revolución cubana, los movimientos negros en USA, y luego de los latinos migrantes a ese país, la salsa, un nuevo sentido de identidad en el que subsiste mucho de lo antiguo pero globalmente el sentimiento es diferente, comienza a convertirse en una identidad más en positivo, con más de pelea y ganas de triunfo. Quizá preludio de algún cambio histórico que cierre las heridas.

Pero por largo tiempo perdurarán los "perdedores", enamorados del fracaso, y largo tiempo, por tanto, perdurará el bolero cantinero, la forma erótica de la derrota.

Queda todavía Daniel Santos, que ese domingo, al enterarse del fin de BG, habrá recordado esa su canción que dice: "Cuatro puertas hay abiertas, pa'l que no tiene fortuna: el hospital y la cárcel, la iglesia o el cementerio".

Y en el Perú, Iván Cruz en las rockolas de mi barrio, y el Festival del Bolero tras humando infatigable por las salas de barrio de todo el país.